



## NUEVA Y CURIOSA RELACIÓN DE LA PEREGRINA DOCTORA.

### PRIMERA PARTE.

Soberana luz brillante,  
Madre del divino Verbo,  
amparo de pecadores,  
palma, luz, libano y huerto;  
dad á mi pluma la gracia,  
que, si la logro, pretendo,  
contar un caso admirable  
de los muchos que habeis hecho.

En la ciudad de Lisboa  
y en su lusitano pueblo,  
vivía un gran potentado  
tan noble y tan caballero,

que, general de las tropas  
lo hizo su rey don Pedro,  
le llaman don Alejandro  
de Figueroa y Sarmiento.  
Este tal era casado,  
¡con qué pena lo refiero,  
con qué pesares lo digo  
y con qué dolor lo sientol  
con una preciosa dama,  
de tan peregrino aspecto.  
con la mujer más hermosa,  
que había en todo aquel reino,

tan discreta y tan bizarra  
 que, si á Venus eligieron  
 por Diosa de la hermosura,  
 dándole la palma en premio,  
 en doña Inés con más gracia  
 se hallan Palas, Juno y Venus.  
 Se llamaba esta señora:  
 doña Inés Portocarrero,  
 su esposo don Alejandro,  
 que adora sus pensamientos,  
 la tierra que pisa besa,  
 y de continuo en su pecho  
 la idolatra, cual deidad,  
 que es su mayor consuelo.  
 Este tal tiene un hermano  
 en su palacio con ellos,  
 que le llaman Federico,  
 libiano, altivo y soberbio,  
 éste se quedaba en casa  
 como de interino dueño,  
 cuando el hermano salía  
 á cumplir con sus empleos;  
 siendo pirata de esclavos  
 y verdugo de los negros,  
 enfado de las doncellas  
 que le estaban asistiendo,  
 porque á todos les servía  
 de muy gravísimo peso;  
 que lo que pasa en palacio  
 en todo se está metiendo.  
 Este tal se enamoró  
 con mal nacidos intentos  
 de la mujer de su hermano  
 doña Inés Portocarrero;  
 anda triste y pensativo,  
 sin dolor y amarillento,  
 hasta las aves le enfadan  
 cuando vuelan por el viento.  
 En fin, se determinó  
 cierto día en unos versos  
 fingiendo ser de su esposo,  
 y echando un papel en medio  
 darla parte de su amor  
 con infernales intentos.  
 Tomó doña Inés la carta  
 con alegría y contento

por ser de don Alejandro,  
 su consorte y compañero.  
 Estándola repasando,  
 reparando en aquel pliego  
 que estaba muy poco hollado  
 escrito de poco tiempo,  
 rompió la nema, y al punto  
 que ha empezado á leerlo,  
 en su presencia lo arroja  
 hecho pedazos al suelo.  
 Detente, mujer incauta,  
 guarda el papel en tu pecho,  
 que podrá ser que te sirva  
 algún día de provecho;  
 más, en fin, ya lo rompió,  
 ¡qué lástima! no hay remedio.  
 Más, viendo don Federico  
 el desaire que le ha hecho,  
 colérico y enojado  
 brota por los ojos fuego.  
 Más, ella disimulaba,  
 y á solas está diciendo:  
 —¡Quién ha de guardar mi honor  
 quiere ofenderme, cielo!...  
 Mire por sí, Federico,  
 sea juicioso y cuerdo,  
 puesto que dos hermanos  
 son dos almas en un cuerpo.  
 No le quiso decir más;  
 él se metió en su aposento  
 maldiciendo su fortuna,  
 jura por los altos cielos,  
 que á pesar de todo el mundo  
 ha de lograr sus intentos.  
 Miró doña Inés un día  
 á don Federico atento,  
 y le vió de qué traía  
 el rostro muy descompuesto,  
 y que le estaba brotando  
 la ponzoña y el veneno;  
 más ella, como discreta,  
 entre sí estaba diciendo:  
 —Este quiere intentar  
 un villano atrevimiento,  
 más antes que lo ejecute  
 yo quiero poner remedio.

Mandó al punto que viniesen albañiles y arquitecto y que en medio del jardín hiciesen de jaspe negro una bóveda curiosa cubierta con azulejos, cuanto cupiese una mesa, un par de sillas y un lecho; y que á la puerta le pongan unas barretas de hierro, cuanto se pueda por ellas entrar el mantenimiento, con su golpe como cárcel, el pestillo fuerte y recio. En breve tiempo se hizo, que en donde sobra el dinero, muy presto se facilita por largo que sea el tiempo. De que estuvo preparado el reducido aposento, llamando á don Federico doña Inés Potocarrero, le dice:—Hermano mío, porque muy triste te veo quiero llevarte al jardín á ver los árboles bellos, verás una arquitectura hecha por un buen maestro, para, en viniendo mi esposo, que salga á tomar el fresco. De que oyó estas razones se creyó muy satisfecho que lo que antes fué esquivéz se iba convirtiendo en celos. Se fueron hácia el jardín, viendo aquel casino ameno, con la cama tan curiosa, le dió el corazón un vuelco, diciendo:—Esta es mi suerte hoy se logran mis deseos. Más díjole doña Inés con engañosos intentos: —Entre usted, don Federico repare lo que hay por dentro, mientras yo cojo unas flores de las mejores del huerto.

Hizo lo que le mandó, y apenas le vió dentro, cuando tirando la puerta con tan varonil esfuerzo, que quedando el cierre echado quedó Federico preso, diciéndole:—Aquí se pagan villanos atrevimientos. De que oyó aquestas razones tiró el ajuar al suelo, escarba, bufá y pateá, parece un leon sangriento; jura que se ha de vengar á pesar del mundo entero. (Si el papel no hubiera roto no se viera en este espejo.) Ella se fué á su retrete, dejándole en cautiverio. Cuando vienen á palacio visitas de caballeros, de señoras principales, de sus parientes y deudos, cuando preguntan por él, dice doña Inés á tiempo, que le ha dado un accidente y un frenesí descompuesto, que ha habido que encerrarle, para tenerle sujeto; que distracción y regalos de sobra los tiene dentro. Desde entonces doña Inés tomó de casa el manejo, diciendo que está su hermano melancólico y enfermo. De allí á seis meses se supo en la córte por muy cierto, que el campo se levantaba, conviniéndose los reyes en dar treguas á la guerra, y que próspero y contento viene ya don Alejandro echando plumas al viento. Doña Inés á Federico le llevó un vestido nuevo, un caballo enjaezado, unas botas y el sombrero,

un maestro que lo afeite,  
 y que montase ligero  
 y le salga á recibir  
 con brazos abiertos,  
 sin darse por entendido  
 del indicado suceso,  
 que lo que ha hecho con él  
 él debía agradecerlo.  
 Con esto abrióle la puerta  
 aunque con algun recelo;  
 y él no se quiso quitar  
 el traje que lleva puesto,  
 y sin afeitarse monta  
 en el alazán soberbio.  
 El hermano que lo vió  
 tan abominable y feo,  
 le pregunta:—Hermano mio,  
 ¿cómo vienes tan horrendo?  
 ¿qué pesares te molestan,  
 qué disfraces son aquestos?  
 Entonces le respondió  
 de esta manera, diciendo:  
 —Tu esposa tiene la culpa  
 de verme como me veo,  
 porque no hice su gusto,  
 que descansando en mi lecho  
 una noche me invitó  
 echándome mil requiebros;  
 pero yo le respondi  
 dándole buenos consejos,  
 y por aquesta razón  
 me ha estado dando tormentos,  
 y me ha tenido hasta ahora  
 en triste recinto preso.  
 Don Alejandro que escucha  
 tan terrible atrevimiento,  
 como un mármol se quedó  
 un largo rato suspenso,  
 que quisiera que el abismo  
 le sepultara en su centro:  
 y entrando por el palacio  
 le salió al recibimiento  
 aquella blanca azucena,  
 aquella joya sin precio.  
 á recibirlo en sus brazos  
 del alma, y él con desprecio,

la pegó tal bofetada,  
 con injuriosos celos,  
 y por no ver su hermosura  
 mandó que cuatro moneros  
 que son hombres de mal alma,  
 la llevasen á un desierto,  
 y que le saquen los ojos  
 y el corazón de su centro,  
 que en un paño se lo traigan  
 para quedar satisfecho.  
 ¡Qué lastima, qué dolor,  
 qué pena, qué sentimiento,  
 qué injusticia, qué agrabio,  
 qué castigo sin deberlo!  
 Salen una noche triste,  
 amparados del silencio,  
 aquellos facinerosos,  
 y antes que rompiera Febo  
 en un monte se hallaron  
 tan encumbrado y espeso.  
 que aquel adorado planeta  
 que vive en el cuarto cielo,  
 no ha podido con sus rayos  
 descubrirle sus cimientos.  
 Estando en aqueste sitio  
 arrimados á un gran fresno,  
 antes de darla la muerte  
 se disputaron primero  
 aquella prenda del orbe,  
 aquella joya sin precio.  
 Arman tan cruel batalla  
 sobre quién será el dueño,  
 que los cuatro parecían  
 unos lobos carniceros;  
 pero la Virgen María  
 los aires baja rompiendo  
 con su hijo de la mano  
 sacro Niño y rey inmenso,  
 y la dice:—Devota mia,  
 libre estás, no tengas miedo,  
 que ya vendré á visitarte,  
 aunque yo nunca te dejo;  
 un león te ha de traer  
 proporcionado alimento,  
 y aquéste te ha de guardar,  
 que estés velando ó durmiendo.

La Virgen y el bello Niño  
luego desaparecieron,  
quedándose doña Inés  
confusa en su pensamiento,  
por saber de que un león

la ha de dar el alimento.  
Pero en la segunda parte  
dará Juan Miguel del Fuego  
á todo oyente, el relato  
del suceso verdadero.

---

## SEGUNDA PARTE.

---

Vamos ahora á los cuatro  
que se quedaron riñendo,  
que entre los tres dieron muerte  
al que era jefe de ellos,  
y los otros que se hallaron  
de jaula sin el jilguero.  
la buscaron por el monte  
como caballos sin freno:  
más viendo que no la hallan  
hicieron este concepto:  
—¡Muy bien habemos quedadol  
¿qué buena cuenta daremos  
allá de nuestras personas  
del encargo que traemos?  
—Lo que podemos hacer  
con este difunto cuerpo  
será sacarle los ojos  
y el corazón, y en un lienzo  
nos lo podemos llevar,  
y cumpliremos con esto.  
En breve lo ejecutaron,  
que fué diciendo y haciendo  
Dan la vuelta á palacio  
y entregan en el pañuelo  
el corazón y los ojos,  
y don Alejandro atento  
con cuidado preguntó  
por el otro compañero;  
todos juntos á una voz  
estas palabras dijeron:  
—También se quedó en el monte,

porque quiso muy soberbio  
profanar á doña Inés,  
y lo matamos por eso,  
y en el monte se quedó  
por andar tan descompuesto  
Volvamos á doña Inés,  
que, estando tomando el fresco,  
sentada junto á una fuente,  
volviendo el rostro sereno,  
vió que venía un león  
tan galán, tan halagüeño,  
tan hermoso, tan bizarro,  
que daba contento el verlo,  
y que en la boca traía  
el canastillo pequeño  
hecho con dos mil primores,  
todo de viandas lleno.  
Hízola una cortesía,  
y lamiéndola los dedos  
le entregó el canastillo  
á su señora y su dueño,  
y á la puerta de la cueva  
paseándose y rugiendo  
anda haciendo centinela,  
guardándola muy atento.  
Al otro día lo mismo  
y de este modo iba sfguiendo.  
Pasaban todos los días  
las cosas que aquí refiero.  
Vamos á don Federico,  
que preguntó á los monteros.

si es verdad que la mataron,  
que les guardará el secreto,  
y que también les dará  
gran cantidad de dinero.  
Al fin dijeron que no  
y contaron el suceso,  
como se quedó en el monte  
sin agraviarla en un pelo.  
Don Federico responde:  
— En el alma lo agradezco;  
todos juntos hemos de ir  
á buscarla en el desierto,  
que no pase de mañana;  
y á mi hermano le diremos  
que á una grande montería  
voy con otros caballeros.  
Salen del palacio y llegan  
al fragoso Pirineo,  
en sus encumbrados riscos,  
peñas y montes subiendo;  
más quiso su mala suerte  
que con la caverna dieran  
donde doña Inés estaba  
para perdición de ellos,  
que el león de que los vió,  
muy enojado y sangriento,  
á los tres despedazó  
en menos que dura un credo  
salvándose solo el otro  
aunque vivo, casi muerto.  
Más doña Inés lo libró  
del fiero animal sangriento  
porque era don Federico  
que lo conoció al momento:  
do cupo en su sangre noble  
aquel refrán verdadero,  
porque ella la mala obra  
la pagó con bien extremo:  
Dá la vuelta á palacio  
con mentiras y embelecos,  
diciendo que un jabalí  
te mató los compañeros,  
y que él, con cinco heridas,  
se subió encima de un cerro,  
y que de allí se escapó  
de aquel monstruo soberbio.

En el día señalado  
de la Encarnación del Verbo,  
se apareció á doña Inés  
la Virgen de los Remedios  
toda adornada de flores,  
con el rostro muy risueño,  
diciéndola:— «Dios te guarde,  
hija. Ya llegó el tiempo  
de que dejes este sitio  
y te vayas á tu pueblo,  
curarás á tu esposo  
que días há que está enfermo,  
y también á tu cuñado  
que las heridas vertiendo  
todavía le echan sangre,  
y perdónale los yerros.  
El león que te ha traído  
el cotidiano alimento,  
ha sido por mi mandato,  
que así pago cuando quiero;  
reservando á mis devotos  
de este y semejantes riesgos.»  
Con esto la dió la Virgen  
un pomito muy pequeño  
lleno de bálsamo heróico,  
como bajado del cielo;  
quedándose doña Inés  
convertida en pasajero,  
camino que vá á Lisboa,  
con su báculo y sombrero,  
y peregrinando llega  
á la córte en breve tiempo,  
á donde en ella curó  
muy grande copia de enfermos,  
sin que el bálsamo precioso  
se menoscabara un pelo.  
Toda la ciudad se admira  
de la peregrina, viendo  
los enfermos que curaba  
tan consumidos y secos,  
y luego los veían sanos  
dentro de muy breve tiempo.  
Vá la nueva al general  
don Alejandro Sarmiento,  
que estaba ya desahuciado  
por la ciencia de Galeno,

y juntamente su hermano.  
Al instante dispusieron  
criados que por las calles  
y la ciudad recorriendo  
buscasen la peregrina;  
preguntando à todo el pueblo  
vinieron à dar con ella  
en un humilde convento  
de las monjitas descalzas,  
que estaba con sano celo  
curando à las religiosas  
de tabardillos molestos.  
Entre dos comendadores  
en un coche la metieron,  
dan la vuelta à palacio,  
y visitando al enfermo,  
tomándole el pulso dice:  
—Diga, señor caballero,  
¿de qué pende esa dolencia?  
El dice:—de sentimiento,  
y de gran dolor continuo,  
que desecharlo no puedo.  
Entonces ella responde:  
—No es mucho ese sentimiento,  
ni aqueste dolor es tanto,  
pues que de él no ha muerto.  
Apenas le echó en los labios  
aquel bálsamo supremo  
se levantó dando gracias  
al divino Padre Eterno.  
Queriendo tomar la puerta  
la atajaron los vuelos  
diciendo:—Por Dios, detenga,  
que hay que curar otro enfermo.  
Entonces ella responde:  
—Por mi vida que no puedo  
detenerme ni un instante,  
ni à curarle me atrevo  
si en público no confiesa  
todas sus culpas y yerros.  
Dijo el enfermo que sí,  
pues estaba casi muerto,  
y le huelen las heridas  
que privaban el aliento.  
Mandó juntarse la gente  
de sus parientes y deudos,

hasta los mismos criados  
que en palacio están sirviendo.  
A todos pidió perdón,  
pero à su hermano primero.  
El hermano le perdona  
en aquel mismo momento.  
—«Hermano y señor, tu esposa  
era una joya sin precio,  
era una arca de esmeraldas,  
ejemplo de los ejemplos,  
dechado de las mujeres  
y espejo de los espejos.  
Y yo tan vil criatura,  
quise ofender su respeto,  
y por querer ofenderla  
me tuvo seis meses preso,  
más yo por vengarme de ella  
la levanté el falso enredo.»  
Don Alejandro que escucha  
echó mano al fuerte acero,  
diciéndole:—Vil hermano,  
atrevido y desatento,  
por haberte perdonado  
en tu sangre no me vengo.  
Entonces la peregrina  
le fué untando con los dedos  
las heridas, y al instante  
se levantó ya tan bueno.  
Grande copia de doblones,  
que pasaba de trescientos,  
la dán à la peregrina,  
y ella haciendo menosprecio  
dice:—Guarden las monedas,  
quiten allá ese dinero,  
que quizás les hará falta  
para sustentar los negros.  
Más con cuidado miraba  
don Alejandro atento  
el rostro à la peregrina,  
y el traslado de su pecho  
viendo que era todo uno,  
se abrasó en vivos incendios,  
la dice:—Señora mia,  
¿de qué patria ó de qué reino  
es usted, aunque perdone?  
Ella con suaves ecos

le responde: Señor mio,  
yo soy de todos los reinos,  
vecina de todo el mundo,  
á mí me llaman por eso  
la Peregrina Doctora  
sin interés del dinero:  
la que curó á su marido  
y á su enemigo proterbo.  
Entonces don Alejandro  
la dió un abrazo muy tierno,  
reconoció que es su esposa  
aquel hermoso portento.  
Toda la ciudad se admira  
la gran maravilla viendo;  
de puro contento lloran,  
y parece un jubileo  
de damas y de galanes  
y parientes que acudieron,  
que en el palacio no caben,  
sabiendo aqueste suceso.  
En la ciudad de Lisboa  
hacen fiestas y torneos,  
toros y juegos de cañas,

comedias y pasatiempos.  
A don Federico casan  
con otro hermoso portento;  
hermana de doña Inès,  
Elvira Portocarrero,  
quedando don Alejandro  
próspero, alegre y contento  
con su esposa doña Inès,  
rosa, clavelina, espejo,  
peregrina montañesa  
la que estuvo en el desierto.  
la que libró á su enemigo  
de manos del león fiero.

Con esto acaba la historia  
ó aqueste breve compendio,  
de la mujer más heróica  
que se ha visto en tales riesgos.  
Y la Virgen nuestra Madre  
la libró de los perversos,  
cubriéndola con su manto,  
poniendo al demonio freno,  
que siendo devota suya  
no la abandonó un momento.



MADRID.

Despacho de Marés y Compañía, Juanelo, 19.